



LA CONSTRUCCIÓN  
DE UNA REPUTACIÓN



No es fácil establecer la genealogía de la reputación de un país, entre otras cosas, porque no hay una línea única de comunicación entre una nación y el mundo. Los países evolucionan y su entorno también, lo cual desencadena interacciones diversas que refuerzan o deterioran su prestigio en un momento determinado. Los cambios políticos, económicos y culturales que una sociedad experimenta en su devenir influyen en construir una mejor reputación, o bien son los desencadenantes de una situación inversa.

No es cuestión de valorar, en la brevedad de estas páginas, la forma en que México ha sido visto por otros pueblos y en especial por Occidente, como la región del mundo con la que tuvimos el primer contacto. Para los europeos que llegaron a estas tierras en el siglo XVI, México tuvo siempre una imagen dual que hasta la fecha pervive: por un lado, se cristaliza la visión encomiástica de los conquistadores, quienes inauguraron la tradición de idealizar a la mexicana como una tierra ubérrima, gobernada por un gran imperio, al que la “astucia” del conquistador sometió. Una buena parte de esta retórica, que después daría impulso al patriotismo criollo (Brading, 1993), estaba fundada en la autoexaltación del conquistador. Mientras más glorias se contaran de México, más notable y memorable sería su hazaña.

Los primeros libros que se escribieron sobre la conquista de México-Tenochtitlán, que por cierto son las primeras imágenes de este país que proliferaron lejos de sus fronteras, están marcados precisamente por la conquista cortesiana. Moctezuma II, el emperador derrotado, será objeto de análisis y representación en la cultura escénica y musical: es el protagonista de varias óperas, porque su historia trágica conmovía a propios y extraños,

desde Vivaldi a Federico de Prusia. Por otra parte y de manera paralela, toma cuerpo una visión alterna y crítica del despliegue europeo en el nuevo continente. Los testimonios (y la polémica) de Bartolomé de las Casas serán el primer jalón de una tradición crítica con la forma en que se sojuzgó a los pueblos originarios. Todas estas versiones fueron ampliamente difundidas en su momento en todos los países europeos para forjar (con un muy británico acento) lo que se ha dado en llamar “la leyenda negra”, que ha impregnado a la “conquista” de un tono de genocidio y exterminio.

Se crean dos visiones contrastantes: una pretendía glorificar la riqueza y la conversión de un imperio pagano al catolicismo, y la otra ponía el acento en la destrucción de una cultura y el sometimiento de los pueblos amerindios. La imagen, pues, nace bifurcada entre el César que conquista las Galias americanas y el pueblo sometido por una guerra inicua. La interpretación abrumadoramente mayoritaria en México coincide con la visión de la víctima y buena parte de la narrativa mexicana estará marcada por esa estampa fundacional de la derrota.

México nace derrotado y se ve a sí mismo como una víctima. Hay otros pueblos, como el estadounidense, que no comparten esas coordenadas y su visión del pasado es entusiasta o en todo caso menos traumática. Esa disposición del alma nacional a verse como una nación que no ha logrado completar sus grandes tareas históricas se refleja en la construcción de un sello de país estructuralmente injusto, donde unos cuantos se apropian indebidamente (o por malas artes) de los bienes de una mayoría oprimida y agraviada, rasgo que predomina sobre cualquier otro. Los elementos positivos de la sociedad novohispana, como sus deslumbrantes ciudades, sus expresiones artísticas, incluso sus genios (Sor Juana, Ruiz de Alarcón, Sigüenza y Góngora) se diluyen por la fuerza de una narrativa que consideraba a la Nueva España y a todas sus creaciones una derrota de la nación original.

La vibrante Nueva España eclipsaba en riqueza, cultura y esplendor a las colonias de la Nueva Inglaterra, pero todos los méritos se matizaban y se comprimían porque eran producto de una atroz explotación de la población original y una supresión cruel y tajante de la civilización precolombina. En las colonias inglesas de la América septentrional se consolidó la visión de que la colonización española fue un abominable episodio de sangre y barbarie que marcó al país.

Son muchos los viajeros (compilados magistralmente por Iturriaga [1992]) que visitaron nuestro país y dejaron, cada uno de ellos, imágenes más o menos resistentes en el imaginario de los europeos. Por un lado, se asentó la estampa de la bondad original de los pueblos como mansos y amantes de la paz (desde Vasco de Quiroga hasta Lope de Vega). Por el otro, se estigmatizó la demonización de las culturas americanas debido a su necrofilia y la práctica de la antropofagia. Pero en la mayoría se acentuaba la lacerante pobreza de los indígenas y la frivolidad de las minorías dominantes.

El relato de Humboldt (1984) sobre México es emblemático y ha sido citado con profusión. Entre todos los temas que aborda, evoca de forma sistemática la profunda desigualdad que dominaba el paisaje social mexicano. Esa imagen de una tierra brutal, en donde un puñado de potentados posee riquezas deslumbrantes y el grueso de la población es exproliada, refuerza la reputación de país cruel e injusto que nos viene de siglos precedentes.

En los primeros años de vida independiente, México no cambió radicalmente su imagen. El país de los hidalgos católicos, orgullosos y poco productivos, gozaba de un amplio crédito en Europa y Estados Unidos. El primer texto de Poinsett (en González Aguayo, 1978) sobre México no deja ver, lamentablemente, un país brillante y renovado. Todo lo contrario. Los apuntes sobre la situación de inseguridad e inmundicia de la capital, por citar un pasaje, no ayudaban a propagar la imagen de una capital orgullosa de su patrimonio y cultura, sino la de una ciudad con severos problemas de inseguridad e higiene.

Durante la etapa colonial se consolidó también la idea de que la Nueva España estaba gobernada por una muy venal administración colonial que por añadidura se daba el lujo de ignorar cuando a su interés convenía los decretos y las reglamentaciones de la Corona. El estigma de la corrupción, como forma de ejercer el poder público, empieza también a formar parte de la reputación mexicana de la misma manera que el imperio de la ley deja paso a un relativismo acendrado. El desacreditado gobierno colonial estaba sostenido en una infame trípode: desigualdad, venalidad y discrecionalidad. Este monstruo de tres cabezas opacaba entonces los logros y avances que se pudieron haber conseguido.

El México independiente no pudo sacudirse de esas taras coloniales. El país iniciaba su andadura con el estigma de esos tres hierros de fuego que marcaron al edificio colonial. No es cuestión de detenernos en los detalles, pero la animosidad externa de potencias que se negaban a reconocerlo (incluida la Iglesia) y los excesos iturbidistas, con su patético intento de inaugurar una dinastía reinante para resolver el problema de la titularidad del gobierno, se conjugaban para empeorar la situación. La imagen de México no pudo haber sido peor en su arranque. El país se debatía entre la construcción de un Estado que se nutriera de la tradición europea y otro que se asemejara lo más posible a la Unión Americana. Desde finales del siglo XVII se tienen noticias de “misiones” para “regenerar” a México y reorientarlo hacia un modelo protestante y más congruente con los valores imperantes en Nueva Inglaterra (que hasta Huntington [2004] se asumen como articuladores de la nacionalidad estadounidense), aunque el esfuerzo fue marginal. Fue en el siglo XIX cuando esta jauría de prejuicios (y desembozado desprecio) empieza a vertebrarse con una política exterior abiertamente expansionista.

La noble idea de la independencia y la búsqueda de un modelo político institucional que fuese inspirado (¿o, acaso, copiado?) por el estadounidense no bastaban para cambiar las cosas en términos de percepción ni menos de acción política. Pocos años después de que México proclamara su independencia se presentó el desafío de Texas, que expuso los límites de la nueva nación. Quedaba, entonces, al descubierto una elite desinformada respecto del proyecto expansionista de Estados Unidos. Además de la ignorancia, estaba la incapacidad estructural de poblar y gobernar los territorios septentrionales.

La expansión de los colonos estadounidenses es un error colosal de cálculo que, a la postre, llevó a Texas a la independencia y después a su anexión a la Unión Americana. Digo error de cálculo porque Estados Unidos experimentaba desde varios años antes una enorme presión de pioneros, comerciantes y especuladores para avanzar hacia el sur. Kentucky, Alabama y Tennessee son capítulos previos a Texas y Arizona. El impulso expansionista se reforzaba ideológicamente con una estructura bifronte que barría nuestros intentos de edificar instituciones calcadas de los vecinos; por un lado, estaba la idea del progreso estadounidense basado en la libertad y el racionalismo frente a un pueblo (como el mexicano) que venía de dos tradi-

ciones que el estereotipo anglosajón había etiquetado como “degeneradoras” (la indígena y el catolicismo español); y, por el otro, la expansión de los estados esclavistas.

No es casual que poco después de concluida la anexión de territorios mexicanos estallara la Guerra Civil que, como sabemos, confrontó estas dos visiones del mundo en una lucha fratricida, pero ése es otro asunto. México, durante ese periodo, fue preso de todos sus demonios: caciquismos, intrigas regionales, una incapacidad para gestionar su territorio, y víctima del país que fue su modelo y aspiración. La amputación del territorio nacional marcará las décadas por venir y, a lo largo de los siglos, el temor mexicano a perder su territorio por el avance de colonos y después de filibusteros sería una constante.

La guerra México-Estados Unidos fue desproporcionada y atroz, con efectos funestos sobre el territorio y, si cabe, peor aun en la reputación del país, el cual no sólo fue incapaz de organizar una defensa coherente, sino que dejó al descubierto todas sus contradicciones. Únicamente en la bondadosa historia oficial mexicana (para consumo interno) se acepta la idea de dos fuerzas perfectamente diferenciadas en pugna por la soberanía territorial de California, Nuevo México y Arizona. Por un lado, un bloque unitario de agresivos expansionistas estadounidenses y, por el otro, un frente de patriotas mexicanos luchando abnegadamente por defender su territorio (Velasco y Benjamin, 1994).

La guerra de 1846-1848 demuestra en realidad que México vivía cuatro guerras diferentes: la primera y más obvia era la expansión estadounidense en detrimento de su territorio y la ocupación de su capital; la segunda era la querrela ideológica entre centralistas y federalistas que impedía al país presentar un frente unido ante el invasor —en plena guerra, algunas fracciones federalistas consideraban benéfico el ingreso de las tropas invasoras, por así convenir a sus proyectos finales—; la tercera guerra era la de los integrantes de la federación, ya que muchos gobiernos estatales se negaron a colaborar con los esfuerzos nacionales y algunos se declararon neutrales, como si la guerra no fuese contra ellos e, incluso, algunos más (como Yucatán) pidieron abiertamente su anexión a Estados Unidos; la cuarta era la guerra social: mientras la elite criolla soñaba con dar coherencia territorial y política al patriotismo criollo, la inmensa mayoría de la población, de estirpe indígena, no tenía vínculo alguno con esa entelequia llamada México. Para ellos, la opresión por parte de las elites criollas y

extranjeras, así como la presión creciente sobre los territorios en los que se asentaban, era el principal problema. No es extraño, en consecuencia, que los *polkos* se negaran a contribuir más al esfuerzo de la guerra y muchas comunidades indígenas no se sintieran interpeladas, simple y llanamente, por lo que estaba ocurriendo.

Es interesante constatar que cuando los ejércitos estadounidenses invadieron México emulaban la conquista española del siglo XVI, como si quisieran reescribir la historia. Quienes formulaban la política exterior y militar hacia México estaban muy influidos por la entonces popular historia de la conquista escrita por William Prescott (2004). En resumen, quisieron presentar su guerra anexionista como una reedición de la epopeya cortesiana y dar algún lustre a lo que había sido un despojo en toda la línea, con pocos tintes de heroísmo.

Entonces, la reputación de México se desplomaba en términos de resistencia a embates externos y quedaba al desnudo su problemática de ser un país sojuzgado, poco cohesionado política, social y culturalmente; un país débil y debilitado, derrotado por la nación que aspiraba a emular. El victimismo como recurso (¡pobre México, tan lejos de Dios...!) de las elites dirigentes para evaluar el juicio crítico sobre las razones de la debilidad nacional para gestionar su territorio, en particular sus fronteras, ganaba mayores espacios. Según esta invasiva narrativa, la tragedia nacional era producto de los apetitos imperiales (cosa indiscutible), aunque nunca o casi nunca de las debilidades internas. El discurso victimista funcionó internamente, aun cuando se convirtió en un desastre en Europa y Estados Unidos.

La derrota mexicana en la guerra del año 1848 es una dolorosa expresión de la reputación que tenía México en aquellos tiempos entre los progresistas europeos. Es tristemente célebre el intercambio epistolar entre Marx y Engels sobre el particular, pero nos ayuda a ubicar la fuerza de los estereotipos nacionales y la de los prejuicios, aun en mentes tan bien entrenadas como los padres del comunismo. Engels se congratulaba de que “la magnífica California” hubiese sido arrancada a “los perezosos mexicanos que no sabían qué hacer con ella” (Marx y Engels, 1972: 189).

En otros escritos intercambiados entre ambos pensadores, las referencias a la guerra, como emulación de la conquista española, y la estrategia de guerrillas que el pueblo desplegó para su defensa llevan a punzantes

comentarios en contra de lo español y, por ende, de lo mexicano, a cuyos pobladores identifica como fanfarrones y quijotescos en contra de los decididos y arrojados yanquis. En el juego de las percepciones de los progresistas europeos, México no era un país que inspirara simpatía o solidaridad por el inicuo ataque, sino una nación devastada moralmente e incapaz de edificar instituciones modernas y funcionales.

En el informe redactado por Lorenzo de Zavala se empiezan a delinear las imágenes emergentes del estadounidense y del mexicano, que darán lugar a múltiples prejuicios (Terrazas y Gurza, 2012: 163) que en muchos sentidos siguen vigentes:

El norteamericano es un pueblo laborioso, activo, reflexivo, circunspecto [...] orgulloso y perseverante [...]. El mexicano es ligero, perezoso, generoso y casi pródigo, vano, guerrero, supersticioso, ignorante y enemigo de todo yugo. El norteamericano trabaja, el mexicano se divierte. En Estados Unidos todos son propietarios (grandes o pequeños) y tienden a aumentar su fortuna; en México los pocos que hay la descuidan y algunos la dilapidan (González Navarro, 1994).

La imagen de México, como podemos apreciar en estos dos ejemplos, es sesgadamente mala desde sus primeros años y se alimenta en gran medida por una malsana sedimentación de los prejuicios antiespañoles de los angloamericanos formados en siglos anteriores y por el desprecio a los pueblos amerindios, y es exacerbada por los apetitos expansionistas que para legitimarse denostaban la impericia de México para enfrentar en los planos político, militar y simbólico, que es el que más nos interesa, la ambición territorial del vecino.

Las primeras imágenes retrataban al México independiente de forma poco alentadora, tan mala como lo habían hecho en la etapa colonial. El ya citado informe de Poinsett es particularmente revelador de la percepción de quién sería el primer ministro plenipotenciario de Estados Unidos ante la naciente república. Otros viajeros y escritores resaltarán muy críticamente algunos rasgos de nuestro carácter y de la enorme corrupción que imperaba en la vida pública. Mientras en México en el círculo de los liberales y los modernizadores se ensalzaban las virtudes americanas y la vitalidad de sus instituciones, la reputación mexicana se cotizaba muy por debajo de su valor. Esta asimetría en las percepciones reforzaba los componentes mesiánicos, excepcionalistas y expansivos del americanismo modernizador.

En muchos sentidos, su guerra de colonización territorial y despojo se presentaba ante la opinión estadounidense y mundial como una cruzada modernizadora para sacar a México de las tinieblas coloniales españolas y de la oscuridad del mundo indígena y su impericia para construir un Estado moderno y funcional.

Una vez concluida la guerra, el tema de mayor controversia con los vecinos fue el control de la frontera (o más bien la incapacidad de hacerlo) (Zoraida y Meyer, 2001: 94-115). La cantidad de disputas por abigeato, “los indios hostiles” y los cruces no autorizados fueron moneda corriente en las últimas décadas del siglo XIX y lo son hasta el tiempo presente.

La retórica de Donald Trump es muy recurrente en la propuesta de edificar un muro. Más allá de efectismos y campañas electorales, uno de los elementos recurrentes de la crítica que se formula a México y una fuente permanente de descrédito es la incapacidad de poner orden en la zona fronteriza. Ni el Porfiriato ni los regímenes de la Revolución, ni los gobiernos democráticos han conseguido ganar credibilidad en la gestión de las fronteras. Un elemento de fondo para restaurar la reputación mexicana sería trabajar seriamente ese tema y consolidar una gobernanza sustentable en los confines del Estado.

Después de la funesta guerra, el país trató (con notable éxito en algunos casos) de restaurar su reputación en Estados Unidos y el mundo. La hazaña juarista tuvo un gran reconocimiento global. Benito Juárez se convirtió en un icono de la coherencia y la dignidad del país, como ningún otro personaje de la vida pública mexicana lo ha conseguido. Porfirio Díaz construyó, durante su larga dictadura, la narrativa de un país que podía vivir en paz con el mundo y ser un modelo de nación poscolonial en pleno proceso de modernización. Fue un periodo en el cual México parecía jubilar, en definitiva, el acoso territorial de las potencias extranjeras y se encontraba en tránsito de convertirse en un país ya articulado con un gobierno mínimamente funcional.

El festejo del Centenario de la Independencia (Tovar, 2010) fue un intento (fallido pero muy digno de estudio) de sistematizar la narrativa porfiriana sobre el nuevo México. Vista en retrospectiva la maniobra política simbólica era de una coherencia enorme: mostrarse al mundo como una nación abierta en vías de modernizarse y relacionarse con sus vecinos desde un plano de relativa igualdad. Cerrar un siglo de fracasos con una

celebración magna y así desterrar del imaginario colectivo esa imagen terrible que tantas repeticiones había tenido en libros y panfletos. La historia la conocemos. Las contradicciones internas colapsaron el modelo, y el discurso modernizador proyectado al exterior fue degradado a la categoría de simple propaganda, una que no construía un canto de esperanza para los marginados, un aliento de cambio, sino que lastimaba a los que estaban en la base del “México bárbaro”. La reputación previa nos perseguía, México no podía concluir el proceso de reconciliarse consigo mismo, y el trípode que sostenía el féretro del gobierno colonial (desigualdad, venalidad y discrecionalidad) ahora estaba en la base del catafalco porfirista.

La Revolución decapitó al régimen de Díaz, mientras los fantasmas de la desigualdad, la falta de democracia, la ausencia del Estado de derecho y la descomunal corrupción se mezclaron con una violencia política creciente y convivieron en el imaginario de la opinión estadounidense con el bandolerismo pintoresco. Villa vendía a una compañía cinematográfica estadounidense sus ataques para deleitar a las audiencias con el nuevo icono del “bandolero justiciero” (Krauze, 2009). En el imaginario estadounidense, México no se aproximaba a una nación moderna y democrática, sino a una extraña mezcla de tradición, sabores fuertes e impunidad.

La triunfante Revolución exhibió la voluntad de edificar un Estado con rasgos peculiares. No se sentía cómoda sobre las bases occidentales de democracias liberales; tampoco parecía que el modelo soviético le acomodara del todo. Algunas prácticas cercanas al Estado fascista y otras buscando en la historia del país dieron como resultado la particularidad del Estado de la Revolución mexicana. Pocos Estados en el mundo (salvo Rusia quizá) han tenido tantas dudas y vacilaciones sobre la vía occidental para modernizarse, como México. La Revolución reivindicó su originalidad y abandonó esquemas tradicionales, como la propiedad privada de la tierra, para favorecer un colectivismo híbrido alejado del modelo capitalista de crecimiento económico.

En la fase de consolidación de la Revolución, México buscó labrarse un prestigio de país singular, claramente discordante de los cánones seguidos por Occidente, en particular en Estados Unidos. Fue un intento interesante de encontrar su propio camino y esculpir una imagen de marca diferente.

El momento estelar de esta búsqueda fue la nacionalización de la industria petrolera decretada por Lázaro Cárdenas en 1938. El episodio

representó algo más que una decisión política o económica: en términos semióticos fue el mayor acto de afirmación del Estado sobre los intereses privados y el impulso articulador de una vertiente muy vigorosa del nacionalismo mexicano (Meyer, 2009).

Con todo el potencial transformador que medidas como ésta tenían, el proyecto de la Revolución no consiguió derribar con éxito los viejos estigmas de país injusto, desigual y profundamente venal.

Los heroicos trabajadores petroleros se convirtieron con el tiempo en una burocracia rentista y su sindicato en un arquetipo de la corrupción y el derroche. Los restantes experimentos revolucionarios también se desnaturalizaban. Los ideales lombardistas se diluyeron a favor de un corporativismo que es todo menos fuente de ejemplo; los viejos agraristas y cardenistas no desencadenaron una modernización del campo que empañara al modelo occidental, sino que procrearon un sistema autoritario de control político, un capitalismo de compadres, en el que la prosperidad no es hija de la innovación y el esfuerzo, sino de los contactos políticos; una sociedad desigual que expulsa a millones de personas de su tierra para buscar oportunidades en Estados Unidos.

Las elites que han gobernado México han sido poco cosmopolitas, lo cual ha reforzado la imagen de políticos parroquianos (como el Álvaro Obregón descrito por Vicente Blasco Ibáñez).<sup>41</sup> Entre todos los presidentes del siglo XX muy pocos han estado abiertos a las ideas globales (un par de excepciones confirman la regla) y casi ninguno ha conseguido tener renombre más allá de las fronteras. Sergio Aguayo hizo una contribución muy importante al estudio de la forma en que México fue percibido desde 1946 en la prensa y en la elite política e intelectual estadounidense. Gracias a su base de datos de los artículos de *The New York Times* estableció frecuencias y calificó las notas (positivas, críticas o neutras) que se publicaban en ese diario. Uno de los hallazgos más importantes es la escasa atención que ese periódico le presta a México entre 1955 y 1975 (el auge de la Guerra Fría) (Aguayo, 1998). México disfrutó, durante ese largo periodo, de una suerte de sabático informativo que permitió que sus rasgos más visibles de autoritarismo, corrupción, e incluso la vincu-

<sup>41</sup>El afamado escritor español Blasco Ibáñez escribió una serie de artículos para diversos periódicos estadounidenses, como *The New York Times* y *The Chicago Tribune*, poco después del derrocamiento y asesinato de Venustiano Carranza. Las expresiones sobre la situación del país eran muy críticas y se compilaron en el volumen titulado *El militarismo mejicano* (1979).

lación de alguno de sus gobernantes con bandas criminales, se reprodujeran sin pagar un costo mayor en términos de imagen. Las omisiones (Aguayo se refiere a “escotoma” usando la expresión de Lonergan) de los redactores de informes y periodistas sobre la naturaleza del régimen facilitaron una convivencia distante (en términos del conocimiento mutuo) y cercana en lo tocante a cooperación en los temas más delicados como la estabilidad política de la región (Morley, 2008).

Por supuesto que el cuadro es altamente simplificador, pero ésas son las líneas generales de la reputación que tiene el país en lo económico y en lo político. Por lo tanto, siguiendo la teoría de Nye sobre el *soft power*, que como hemos visto contempla la proyección en primera instancia por las instituciones políticas, la acción exterior y la cultura, en el caso de México poco es lo que se puede hacer con las primeras. No son fuente de orgullo para los nacionales y tampoco son inspiradoras para otros pueblos. Un cambio radical en esta materia podría reactivar la idea de que México es un país con buena reputación institucional. Aunque en resumidas cuentas, en la acción interna y en la externa encontramos un mejor balance. La política exterior impulsaba valores que eran fuente de reconocimiento internacional y le redituaron importantes frutos a la cuenta del prestigio mexicano.

No nos detendremos aquí en referir los pasajes más brillantes de la historia diplomática mexicana, porque no es nuestro objeto de trabajo, pero es claro que la acción externa (junto con la cultura y el turismo) dio al país la mayor cantidad de recursos de poder blando en todo el siglo XX. La recepción de refugiados españoles en 1939 y el papel que el gobierno desempeñó en la Guerra Civil española fueron el punto culminante. Nunca México consiguió tanto prestigio externo como en ese trance. Gilberto Bosques, el inolvidable cónsul en Marsella, y la heroica defensa de la República española conmueven todavía a ciudadanos de todas partes del mundo. Por su naturaleza dual, el régimen político mexicano mantuvo una política exterior independiente y progresista, algo que redituó importantes frutos en materia de reputación mundial.

En otro ámbito, la Revolución mexicana tuvo un proceso muy exitoso, que consistió en relanzar una expresión artística con una raigambre nacional indigenista muy fuerte. El arte se puso al servicio de la política con resultados dudosos en algunos casos, pero muy fructíferos en otros. El muralismo mexicano ofrecía una imagen innovadora de un país que

plasmaba todos sus dolores en las paredes de los edificios públicos, un poco para exorcizarlos y otro tanto para regodearse en ellos.

En la música (y el naciente cine) se logró también una muy saludable originalidad que permitía al país ganar autoestima y tener una mejor reputación externa. “Cantinflas”, Jorge Negrete y Los Panchos hicieron más por el prestigio del país que los sindicalistas verticales y los agraristas radicales. Los primeros ofrecían la imagen de un México gracioso y creativo, los últimos no podían brindar al mundo nada que lo entusiasmara. Ni siquiera una experiencia cooperativa (como lo hiciera la antigua Yugoslavia o Israel) podía convertirse en el guión de una película que se apreciara en África o Uruguay. México ganaba reputación en lo cultural con personajes como Alfonso Reyes, el polémico José Vasconcelos y Jaime Torres Bodet. Un Estado basado en el sistema de botín y controlado por un partido hegemónico permitió el desarrollo de una universidad autónoma (la UNAM), que empezó a edificar una política académica digna de tal nombre, lejos del clientelismo, la palabrería hueca del nacionalismo revolucionario y la atroz mediocridad que se le imprimió al resto del sistema educativo. En el ámbito cultural, México cuenta con amplios recursos de poder blando para hablar con el mundo y también encantarlos.

En conclusión, si políticamente la Revolución mexicana y sus instituciones inspiraban cierta admiración por su capacidad de control político, aunque nunca (o casi nunca) porque tuvieran buenas razones para deslumbrar al mundo por el avance de las libertades o la protección de los desfavorecidos, la cultura y la acción externa eran el hontanar del que manaba el poder blando. Sin embargo, estas fuentes no podían compensar el deterioro que las instituciones nacionales presentaban. Su descrédito lastró irremisiblemente la reputación del país. Lo que entonces fue cierto lo es todavía en 2016. La enorme riqueza cultural y la variedad de registros que tenemos de poder blando no alcanzan para cubrir la imagen de un país con pocas capacidades institucionales para poner en orden los temas centrales de la agenda.

Más allá de las polémicas (tan saludables como la que introdujo Macario Schettino [2007]), sobre el balance del siglo XX y el legado de la Revolución como mito movilizador, lo cierto es que si tuviésemos que elegir una métrica para evaluar si el país ha superado su estigma de tener gobiernos depredadores y corruptos, además de las encuestas de opinión, a las que

nos referiremos más adelante, una opción es observar la ubicación que México tiene en los grandes índices internacionales. Empecemos por la corrupción. México ocupaba en 2013 el lugar número 106 (de 177) en la clasificación de transparencia internacional. Su prestigio en este terreno es comparable al de Filipinas o Mali. Lo más inquietante es que, a mayor avance de la democracia (y los gobiernos divididos), las percepciones cristalizadas en ese indicador retroceden en detrimento de México.

En abierto contraste, países de nuestra estirpe (como Chile y Costa Rica) consiguen mejores puntuaciones. México tiene en la corrupción uno de sus peores estigmas y un cambio de reputación debe empezar por allí. Como se aprecia en el cuadro 2, la posición del país en el “Índice de percepción de la corrupción” es muy poco alentadora.

Cuadro 2  
México en el “Índice de percepción de la corrupción”,  
de Transparencia Internacional (1998-2014)

<i>Año</i>	<i>Posición</i>	<i>Índice de percepción de la corrupción</i>
2014	103	35
2013	106	34
2012	105	34
2011	100	30
2010	98	31
2009	89	33
2008	72	30
2007	72	35
2006	70	33
2005	65	35
2004	64	30
2003	64	36
2002	57	36
2001	51	37
2000	59	33

Fuente: Elaboración propia con datos de Transparencia Internacional, *Corruption by country/territory*, en <[www.transparency.org](http://www.transparency.org)>.

Existe una historia similar con el llamado *crony capitalism*, que se ha traducido como “capitalismo de compadres”, es decir, un sistema econó-

mico basado en la red de contactos que se tenga en las instancias gubernamentales de toma de decisión; en la influencia ante el Congreso para tener legislaciones favorables, o en la protección de las decisiones judiciales frente a la competencia interna o externa.

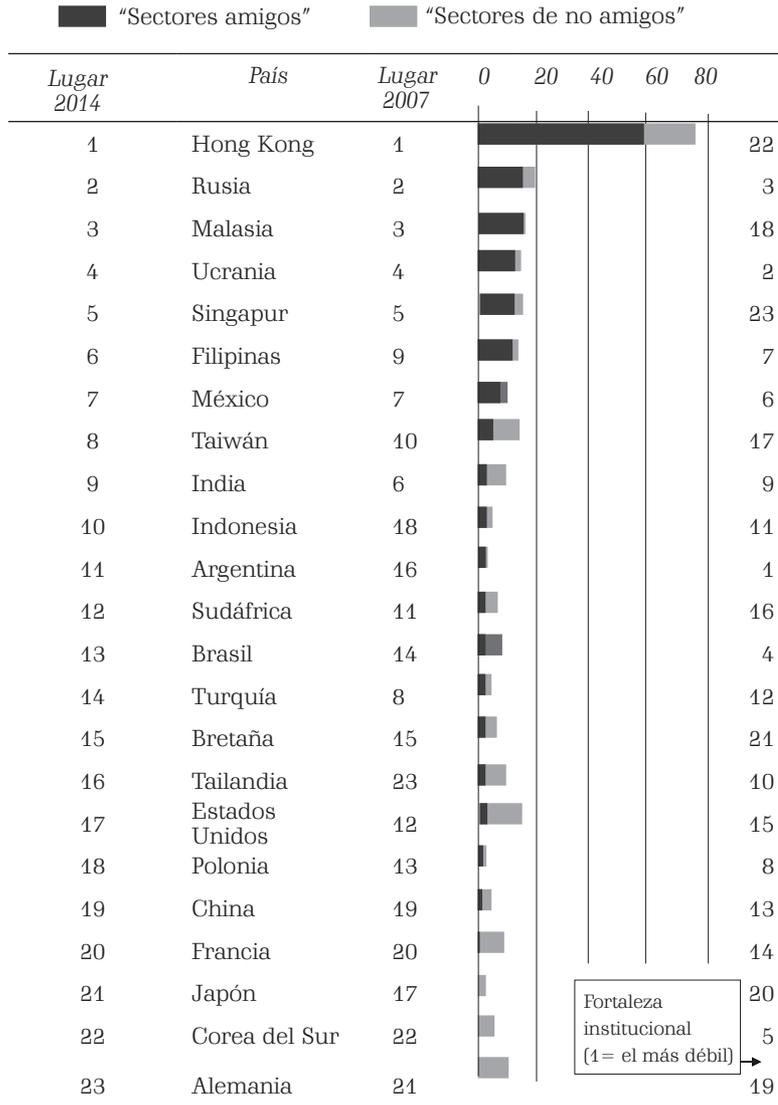
Se sabe que el modelo mexicano de desarrollo del siglo XX dio como resultado la etapa más dilatada de crecimiento con estabilidad que ha tenido en el país en su historia. Su particularidad fue sellar una suerte de arreglo entre empresarios y políticos para el desarrollo de una estrategia de desarrollo autocentrado. No es nuestro propósito explicar las razones y la pertinencia de esa decisión, que tuvo resultados benéficos y atroces distorsiones. El pacto consistía en protegerse mutuamente y controlar unos el mercado interno y los segundos el régimen político del país. De esta forma, la aspiración última que era el desarrollo de un mercado nacional llevó al proteccionismo y a una presencia muy importante del gobierno en la economía. Las distorsiones que el modelo provocó fueron el escaso desarrollo de la innovación y el favorecimiento de determinados contratistas “amigos” en las licitaciones y la asignación de contratos. La ausencia de innovación en los procesos productivos inhibió el surgimiento de marcas mexicanas que penetraran mercados internacionales y agregaran prestigio al país. La elite empresarial no siguió el camino de una burguesía innovadora, sino el de los vínculos con la elite política. Este inveterado favoritismo político para amasar fortunas ha sido el punto más débil del gobierno de Enrique Peña en términos de credibilidad interna y externa.

En el índice global, calculado para clasificar a los países en ese tipo sucedáneo del capitalismo, México ocupa el muy poco honorable, pero a la vez muy explicable, séptimo lugar después de Hong Kong, Rusia, Malasia, Ucrania, Singapur y Filipinas.

Como se aprecia en las imágenes, el país tiene una posición “privilegiada” en el tablero de los capitalismo plagados por el conflicto de interés y está en el furgón de cola de las naciones con mayor integridad, como se expresa en el Índice de Transparencia. Querer hacer tabla rasa de esa situación y poner el tablero en cero es una ingenuidad, pero es evidente que no pueden avanzar de manera simultánea el discurso de las reformas modernizadoras en el ámbito económico y la ausencia de un marco normativo y legal que garantice la transparencia y el piso parejo. El país tiene que edificar un sistema nacional anticorrupción que ofrezca

Gráfica 1  
El “Índice del capitalismo de compadres”

Riqueza billonaria en % de PIB  
Clasificados por la riqueza en el “sector de amigos”, 2014



Fuente: *Forbes*, International Monetary Fund; World Economic Forum; *The Economist* (2014).

credibilidad adentro y afuera, porque su reputación sigue siendo, si se permite la analogía, la de un casino donde para ganar hay que ser cercano al dueño.

Hay mil historias que contar al mundo sobre la apertura de la economía a la competencia; otras mil sobre la reducción de la dependencia del sector privado de los presupuestos públicos, pero no hay modo de que éstas sean creíbles si no se da un cambio copernicano en ambos ámbitos. Nos hacen falta empresarios globales cuya fortuna no sea hija de conexiones políticas o privatizaciones sospechosas que puedan contar su historia al mundo. Si la percepción de que la economía mexicana, aun con reformas aperturistas (como las que se emprendieron en 2013 y 2014 en materia de competencia económica, funcionamiento del sistema financiero, telecomunicaciones y energía), es favorable a los que ya están dentro y gozan de contactos en el gobierno, el Congreso o el Poder Judicial, la reputación del país no variará. ¿Por qué habría de hacerlo?

Si, en cambio, se quiere ir a fondo, sería fácil combatir la percepción negativa con casos ejemplares que acreditaran que la economía se abre y permite que nuevos competidores la oxigenen. Esas historias concretas ayudarán más a cambiar la reputación del país que mil anuncios oficiales. Esos mismos actores se encargarán de dar difusión global a su caso y abonarán al prestigio nacional e indirectamente también al del gobierno. Las reformas, por sí solas, cambian las expectativas en un momento determinado, pero no alteran la reputación del país en el mediano plazo si no concurren nuevos elementos y casos concretos que refuercen la credibilidad de la nueva narrativa.

En efecto, si México ha optado por presentarse al mundo como un destino privilegiado para las inversiones y un santuario de las libertades económicas, el resultado es muy mediano. A pesar de los cambios legales para abrir sectores a la competencia, la suscripción de tratados o acuerdos de libre comercio, el balance que reflejan estos instrumentos jurídicos (tan importantes en la formación de opiniones y creación de imagen) es que se trata, a pesar de todo, de una economía con muchos privilegios para los iniciados y poco receptiva a nuevos jugadores. Un ejemplo de esta tensión entre lo formal y lo real es el muy comentado índice calculado por la Fundación Heritage (Miller *et al.*, 2014) sobre la libertad económica de los países. México se ubicó, en 2015, en el lugar 59 de 178, justo a la mitad de los que se consideran moderadamente libres, una posición absolutamente incom-

patible con el estandarte de país abierto al libre comercio y paraíso de las inversiones externas.

Chile es el caso contrario, pues ha logrado, en pocos años, obtener una posición más airosa en las tres mediciones a las que nos hemos referido, lo cual le ha retribuido un bono para su prestigio global (país serio y responsable), y de su imagen de marca (de ser el siniestro país de Pinochet, hoy es el más exitoso de América Latina).

El “Índice de Competitividad Internacional”, que calcula el World Economic Forum (WEF), nos ofrece un muy preciso de dónde están los temas que se podrían abordar creativamente para contar una nueva historia del país. Como es sabido, este Índice mide a 46 países y es ampliamente discutido en el foro de Davos (IMCO, 2011, 2014). Aunque el indicador no ha tenido movimientos espectaculares en la ubicación de todos los países analizados, permite en el tiempo construir narrativas sobre algunos casos de éxito, como Irlanda o la República Checa en Europa; o de fracaso relativo, como Italia (que ha experimentado una dolorosa crisis).

México ha tenido un comportamiento estable, para bien y para mal. Desde 2001 hasta 2013, la ubicación es más o menos la misma: ha fluctuado entre el lugar 29 y el 32 de un total de 46 países observados. En 2010, México se ubicaba en el trigésimo segundo lugar, muy por debajo de países con los que comparte la zona de libre comercio de América del Norte (Canadá es el octavo y Estados Unidos el séptimo) y también por debajo de otros como Chile (la estrella de Latinoamérica), Costa Rica y Panamá.

Los movimientos en los subíndices son puntualmente seguidos por los responsables de la toma de decisiones (mercados eficientes, precursores de clase mundial, gobiernos estables y eficaces), tienen una amplia repercusión en los medios internacionales y llegan con relativa facilidad a audiencias no particularmente atentas a lo que ocurre cotidianamente en México. El indicador compuesto tiene, como es sabido, 10 componentes y el desempeño de México es muy contrastante en el conjunto de los aspectos analizados.

Lo interesante de desagregar cada uno de los subíndices es analizar detenidamente las fortalezas y debilidades. Por ejemplo, en el capítulo consagrado a la estabilidad de la macroeconomía, sumamos 65/100, un nivel incluso superior al de Estados Unidos (63/100). Tiene mérito porque en los años ochenta y noventa México era el patito feo del sistema financiero mundial. Hoy día ha logrado, a través de un esfuerzo de renovación y

saneamiento institucional, ganar una enorme (y muy sólida) reputación en la materia.

La burocracia económica mexicana se codea con las más sofisticadas del planeta; y con relativa frecuencia recibe reconocimientos en forma de nombramientos (José Ángel Gurría en la OCDE o Agustín Carstens en un puesto relevante del FMI; Alicia Bárcena en la CEPAL), o postulaciones muy bien aceptadas (Herminio Blanco para la OMC). También ha sido importante que ciertas publicaciones económicas, como *The Banker*, distinguan a los secretarios mexicanos, como ocurrió con el titular de Hacienda del gobierno de Enrique Peña, Luis Videgaray (*The Banker*, 2014). La reputación de México en esta materia es un caso de éxito y una prueba del camino (largo y sinuoso, pero al final valioso) que se debe recorrer. Hoy el peso mexicano es una moneda confiable y el país y sus empresas se dan el lujo de emitir papel con una perspectiva de largo plazo a tasas de economía sólida.

El contraste con otros componentes del Índice es atroz. Eso explica por qué, a pesar de los puntos favorables que el manejo responsable de la economía nos ha dejado en términos de reputación, México tiene tan “mala prensa” en otros ámbitos; por ejemplo, si comparamos la puntuación mexicana en el rubro de sofisticación e innovación de los sectores económicos, los números son drásticamente bajos (17/100). Nada que pueda entusiasmar. Como dato complementario, un informe reciente del McKinsey Global Institute (Bolio *et al.*, 2014) demuestra que la economía mexicana se bifurca cada vez más entre empresas que han modernizado sus sistemas y están a la vanguardia, y la mayoría de las compañías tradicionales que están perdiendo la carrera de la productividad.

Esta imagen de dos Méxicos, cada cual avanzando a distintas velocidades, está cada vez más arraigada en amplios círculos de la prensa económica y fortalece la percepción de que la economía tradicional no tiene fuerza para competir en el mercado global y las marcas nacionales tienden a ser compradas por poderosos consorcios (el caso de Grupo Modelo) o a diluirse por la falta de penetración. México tiene la reputación de ser un magnífico país para que las multinacionales aprovechen las ventajas que la geografía le confiere (utilizada ésta, por cierto, por los últimos gobiernos como un elemento para posicionarlo eficazmente en el radar internacional), por el sistema de tratados o acuerdos de libre comercio y la actitud favorable que han manifestado los últimos gobiernos a la inversión extran-

jera en ciertos rubros, pero no como un destino totalmente abierto al juego limpio del mercado, como se refleja también en el citado Índice de la Fundación Heritage.

La interacción con las empresas mexicanas es limitada (de ahí que no se hayan podido encadenar muchas de ellas a la potente locomotora de las exportaciones) y una buena parte de los ejecutivos viven en urbanizaciones cerradas o clubes de golf custodiados, una suerte de cordón sanitario que, como sucede en Indonesia, Filipinas o Pakistán aísla al expatriado del entorno social en el que vive. Algo similar ocurre con la oferta turística del Caribe mexicano, que ofrece hoteles “todo incluido”, con la garantía de estar en un lugar protegido en el que las interacciones con los lugareños serán mínimas. Ambos casos dañan gravemente la buena imagen del país como destino seguro, civilizado y funcional.

Para mejorar la reputación (y anclar mejor la marca país), hacen falta también más marcas mexicanas. Las marcas globales mexicanas no son muchas y la mayoría están vinculadas a sectores tradicionales (bebidas, cervezas, tequila, pan de caja, tortillas o cemento); muy pocas destacan en el ámbito de la innovación. Sería fantástico, para mejorar el prestigio del país, que el valor global de las marcas mexicanas subiera y se asociara a nuevos conceptos, deslumbrantes productos y diseños revolucionarios. Una buena parte de las exportaciones mexicanas, desde los vehículos hasta las pantallas planas, están hechas o ensambladas en México, pero no tienen un distintivo nacional: ninguna aeronave está asociada a la marca México. Nuestro potente brazo exportador no agrega casi nada en el plano de las percepciones a la imagen y a la reputación.

Otros indicadores en los que México no tiene una buena nota son los referidos a una sociedad incluyente, preparada y saludable. Los números del WEF nos dan una puntuación de 46/100, más cerca de Bolivia o de República Dominicana que de Argentina, Chile, Panamá o Costa Rica. Por supuesto que la distancia con nuestros socios comerciales (Estados Unidos, 77/100 y Canadá, 74/100) es enorme.

La reputación del país es mala y cambiarla supondría una transformación gradual, si bien constante, en muchos de sus supuestos económicos y sus arreglos político-económicos. Hace un par de años empezó a circular un libro que, sorprendentemente, se convirtió en un *best seller* (Acemonglu

y Robinson, 2012), escrito por un par de economistas que se preguntaban por qué fracasan las naciones. Esta obra, profunda, se inscribe en esa larga y muy fructífera tradición de estudios comparados que buscan comunes denominadores para explicar las razones por las que unos países alcanzan niveles de desarrollo mayores o lo hacen con mayor celeridad. El estudio es sugerente (pero desastroso) para nuestro objeto de estudio: la reputación del país. Los autores toman como caso de estudio inicial los dos Nogales (Sonora y Arizona) y a partir de allí se hacen las preguntas de investigación: ¿por qué en un lado de la frontera los vecinos tienen acceso a infraestructura (camino y escuelas) en buenas condiciones, policía y un principio de orden que les permite ir a sus tareas y afanes cotidianos con relativa confianza en que sus bienes y personas serán custodiados; por qué sus negocios prosperan con independencia de los ciclos políticos si tienen el potencial para hacerlo, y por qué la posibilidad de que tengan que pagar un soborno para funcionar es menor en Arizona que en Sonora?

En suma, el conjunto de preguntas pone en evidencia a México y a sus instituciones. El juicio de los autores se sintetiza en dos ideas que aún siguen esculpiendo la reputación de México: instituciones poco incluyentes y una economía fundamentalmente basada en la extracción de renta (y, por ende, sujeta al favoritismo y compadrazgo), no en la innovación.